

Discurso de Salomón de la Selva

En el homenaje al poeta socialista Gutiérrez Cruz, en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, México, el 2 de junio de 1923.

Señoras y señores:

UNA voluminosa necesidad de amar con que nací, que condiciona mi vida, me ha llevado a creer en el pueblo.

A cada paso de mi vida siento que necesito, cada vez más, a Dios. Y como las religiones establecidas me niegan a Dios, sustituyendo por fórmulas a la Verdad Viva; y como lo que llamamos cultura, educación, ciencia, progreso y política me niegan a Dios, dándome en cambio vanidad, pedantería, máquinas, maldad organizada, egoísmo múltiple y todopoderoso; y como en la naturaleza no creo, porque hablamos ella y yo idiomas opuestos y no nos entendemos y no podemos simpatizar, no me ha quedado otro remedio que buscar lo que requiero en los hombres, y no en todos los hombres: no en los cultos, no en los educados, no en los hombres de ciencia, no en los encauzadores del progreso moderno ni en los manejadores de la política, sino en aquellos que aún tienen virgen el espíritu y sensible la conciencia, los que saben sufrir y sufren, para quienes la vida es un ritmo alterno de anhelo y de dolor.

Por ventura, esta necesidad de Dios y este buscar a Dios en los hombres de buena voluntad y entre los humildes no es cosa mía y sólo mía. Antes bien, en cada revolucionario consciente que conozco, arraigan un sentimiento y una vocación iguales. En cada joven honrado que conozco, esa necesidad de Dios es fundamento de su inquietud y de su anhelo. Todo el México Nuevo, está, a mi juicio, conmovido espiritualmente, desde el nuevo hombre de estado hasta el obrero y el maestro más humilde, desde el intelectual más sabio hasta el ignorante mozo de esquina. Así se explica el fondo intensamente cristiano de la Revolución, que la diferencia del movimiento que preconizó las Leyes de Reforma. Estamos viviendo, aunque la palabra suene odiosa a muchos, en un momento místico de la historia de México, en un momento de renacimiento religioso. En su ciencia y en su aplicación de la ciencia, la Revolución habrá cometido errores; en el orden moral no ha tolerado ni parece dispuesta a tolerar desvíos.

Antes de la Revolución el pueblo había servido a veces de material literario, de tema para hacer literatura, a

los hombres cultos. Entre el pueblo y el artista no había comunidad de sentimientos, y menos comunidad de vida. El artista era un pendiente de las clases que excluimos cuando decimos «el pueblo». El pueblo era, a lo sumo, un espectáculo. Esta separación de las vidas emotivas del pueblo y del artista empobreció el arte nacional. Por una parte el pueblo cultivó, a escondidas del señor, sus canciones, sus cajitas de Olinalá, sus sarapes, sus bailes, su arte propio, expresión, aunque tosca, de vida verdadera; y por otra parte, con toda la finura que se quiera, el artista se concretó a expresar una vida artificial, superficial a lo sumo, su yo interior, su propia pena y su dolor particular. Arte nacional no había, porque la nación no vivía una vida. La cerámica de Jalisco y de Oaxaca, por ejemplo, nada tiene que ver con la existencia de las clases dirigentes que, como flor suma de lo que creían arte, comenzaron el mamarracho de mármol que se llama Teatro Nacional; y este Teatro Nacional es tan extraño a la vida del pueblo como lo puede ser la Opera de París o cualquier rascacielos neoyorquino. Arte nacional tendremos sólo cuando tengamos vida

nacional, emoción nacional, nación en una palabra.

Nuestra cultura es de clases; nuestro arte es también de clases; hasta nuestra poesía es de clases. Estamos divididos de la manera más lamentable. Ahora somos burgueses unos, obreros otros, y la mayoría,—que no son ni obreros ni burgueses,—seres a quienes no oímos, que no nos importan, con quienes no tenemos ninguna comunidad espiritual. Hay nueve millones de mexicanos a quienes descontamos cuando hablamos de cultura, de educación, de progreso, de bienestar público. Y mientras esos nueve millones de mexicanos estén excluidos de la vida nacional, no podrá haber ni arte nacional, ni emoción nacional, ni nación.

Los artistas de hoy han comprendido que su arte, por individual que sea, jamás podrá ser grande si no tiene sus raíces firmes en la vida de toda la nación. Hace días Diego Rivera terminaba esta estupenda decoración mural cuyos tintes rojos parecen más bien sangre del pueblo que pintura, tal es la emoción que despierta, y fué muy significativo del nuevo orden de cosas, que los obreros se juntaron a los estudiantes para rendirle al pintor homenaje bien merecido. Esta noche son los obreros los invitados de preferencia para oír, antes que nadie, la obra de un poeta que ha descendido hasta ellos, descendo que lo eleva por encima de los poetastros de cenáculo y torres de marfil. Entre artistas y pueblo se ha iniciado ya, más que una amistad, un cariño. Hoy sí podemos augurar la creación de un arte nacional. Porque estamos fundiendo nuestras emociones, plasmadas en obras de arte, y el arte ha de ser la divina partera que ayude al nacimiento de la nación regenerada.

Pero el arte no lo puede todo, por mucho que pueda. El arte puede ayudar a que sea nación, pero de ningún modo la puede engendrar ni concebir. Hay algo de donde brota el arte que es superior a él: la vida.

El ser humano, cuando vive una vida plena, va de emoción en emoción. Y poseído de la emoción, obra, crea. El producto más fino de la emoción es el arte, cuando la emoción es individual, de un hombre solo; y religión, cuando la emoción es colectiva, de una tribu, de un pueblo, de una raza. La vida más amplia, producirá, pues, las emociones mayores, y estas emociones el arte más fuerte, arte para retar a los siglos, y la religión más grande, religión que nos dé, en vez de fórmulas, a Dios en la plenitud de su poder.

¿Pero qué arte ni qué religión podemos esperar dónde la vida no llega a ser emotiva? ¿Cuándo los deseos se

Disputas femeniles



—¡Ya quisiera!... ¡Pelada ésta!... ¡Tener en dinero lo que llevo en alhajas!...

—Sería más rica si me ofreciera lo que se debe de todo eso...

(POR GARCÍA CABRAL).

(Excelstor, México. D. F.)